

## DESTELLOS.

## LOS HAMBRIENTOS.

El triunfo de Teocoac fué la derrota de las instituciones. El golpe no se descargó contra un partido, la patria lo resistió y los vencedores recogieron la Constitución por botín y la hicieron pedazos.

La revolución de Tuxtepec no invocó una idea salvadora, tuvo por aliados á la arbitrariedad y al abuso, y lejos de proteger los intereses de la sociedad, abrió las puertas de las cárceles á los bandidos.

A pesar de lo injusto de su causa, triunfó por uno de esos inexplicables caprichos de la suerte, pero este triunfo solo puede ser efímero, ¿qué títulos pretende invocar para resistir? La dignidad nacional está ultrajada: vencidos, pero no humillados, los habitantes de la república por la fuerza, y únicamente por la fuerza, estarán bajo el dominio de un gobierno que ha asaltado el poder como se asalta á un viajero en un camino.

Los hombres de Tuxtepec están en el gobierno; pero no forman un gobierno legal, electo por la voluntad del pueblo; dominan por la usurpación, por la violencia, por la fuerza. Todo esto no puede ser nunca un derecho, y si el porvenir en su bagaje, trae algunas flores, tenemos muchos que estas sean de azufre.

México sufrió una invasión, fué impotente para resistir el formidable empuje de unas chusmas, y se vio subyugada por unos hombres que no tenían mas ley que su ambición ni mas derecho que sus armas. Entre los hombres de Tuxtepec y los de la intervención francesa, no hay mas diferencia que la nacionalidad; pero ambos han sido usurpadores.

En el imperio tomaron parte en el festín las viejas mánias de una aristocracia ridícula. Hoy bajo Tuxtepec se sienta al banquete la canalla.

Los ricos colocaron á Maximiliano en un trono, los hambrientos elevaron á Porfirio Diaz á la presidencia.

Pero no han sido los hambrientos sacados de esa pobre clase de la sociedad que sufre y que llora por falta de pan y de trabajo. No, los hambrientos de la revolución no comían porque su cabeza era inopta para razonar y sus manos inútiles para manejar una pala.

Cuando no se tienen principios de moral, cuando no se quiere ganar el pan con el sudor de la frente, queda siempre una revolución en donde se medra. Con esto se arruinan los campos y la agricultura, pero hay un pedazo de carne que llevar á la boca; se vacían muchos estómagos y se llena el propio.

Si el gobierno tuviera ocho millones de empleos no habria revoluciones; pero no se puede dejar satisfecho á tanto vago que alarga siempre la mano para recibir y nunca para trabajar.

Hoy todos los desheredados del talento y del trabajo comen. ¡Qué horrible escote han pagado para tomar parte en el banquete! El incendio de una población ó la destrucción de un puente del ferrocarril.

Extraño país es este; se gana una banda de gene-

ral faltando á las leyes del honor, desertando frente al enemigo, y se conquista una alta posición por medio de traiciones y de infamias.

Hoy la causa del desorden, la que lleva por bandera un harapo surcido en Tuxtepec y remendado en Palo Blanco, la causa, en fin, de los hambrientos ha elevado su pendón lleno de sangre, en el palacio nacional.

Estamos bajo el poder de la fuerza; solo nos queda el derecho de lamentar la desgracia de la república.

Coman hoy los hambrientos, coman; bastante tiempo han dejado de comer; sáciese su hambre, hasta que al intentar roer el hueso, se rompan los dientes.

## Augustias del rey de Beocia.

La llegada de Porfirio Diaz arrebató al segundo en jefe las riendas del gobierno. Mendez recordará siempre con horror el primer día de su período de presidente. Sufrió mucho en esa vez, grandes fueron sus contratiempos, y de ello voy á dar una prueba, contando sus impresiones.

La escena pasa en la casa de Mendez.

—General, le dijo al tata un ayudante, felicito á vd.; no han quedado olvidados sus servicios, la recompensa ha sido una silla.

—¡Cómo! ¿Me han recompensado con una silla?..... No me metí á la bola para que me dieran sillas. Yo en cualquier parte me siento.

—General, se trata de la silla presidencial.

—¿Y qué me importa? No quiero sillas. Déme un buen empleo, aunque me dejen parado.

—Señor, ya es vd. presidente; lo de la silla fué una figura.

—¿Por qué demonios no habla vd. claro?.... ¡Con que yo soy presidente!.... A ver, que me traigan una chica de Tlaxcala y una copa de *coñaque* para vd.

—Señor, si lo ven á vd. beber crecerán que está vd. borracho.

—Pero no con su tepache. Aun me quedan algunos tlaecos del último reparto.

—Es necesario que les diga vd. un discurso á sus oficiales, á sus amigos.

—Hombre, yo soy muy bruto para los sermones; pero en fin, si ésta es la usanza, disponga vd. que se reúna mi Estado Mayor.

A causa del crecido número de ayudantes, el segundo en jefe y su Estado Mayor tuvieron que trasladarse al rancho del Fresno, único local á propósito para contener tanta gente. Mendez allí, en medio del mas absoluto silencio, comenzó su discurso.

—¡Muchachos! Vivan los valientes, como dice el compañero Riva Palacio, y viva Dios y mueran los frailes, como dice D. Ignacio Ramirez..... No..... vivan los frailes y muera Dios..... No..... viva Labastida y muera..... ¡Qué demonios! Pero de eso hablaremos despues.

«A mí no me anden con chicas. A cada santo le llega su día, y á rio revuelto.... ¡Viva la libertad! Nosotros nos machetamos por el sufragio, y yo no sé lo que es sufragio; pero me han dicho que dicen que sufragio quiero decir que la nación sufrague nuestros gastos, y yo he de hacer mucho sufragio. Mucha enchilada, y mucho chicharrón, y mucho del de piffa y del colorado, y la república caminará, la república caminará al.... al..... al..... ¡Maldita lengua!.... Pero de eso hablaremos despues.

«¡Muchachos! Se me ha secado el gañote. Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso adelante. Con que viva el plan